

Conocí a Ademar cuando llevé padre Francisco a Tecún Umán, una ciudad cerca de la frontera entre Guatemala y México. Era un día de fiesta del mes de noviembre de 2011. Bajamos desde la capital, Ciudad de Guatemala, que está a más de 2000 metros de altitud, y llegamos a las orillas del Océano Pacífico. Con nosotros había un voluntario scalabriniano que tenía que hacer experiencia en aquella ciudad que de 50.000 habitantes, tiene 55.000 contrabandistas, cambistas, coyotes de migrantes que quieren llegar a México a través del río Suchiate. Nos acogió en la Casa del Migrante, que él consiguió "tomando y recuperando" un basurero abusivo de la ciudad y construyendo sobre este la Casa. En un día pasamos desde el frío de la capital al clima caldo y humedo del Pacífico, y después de un viaje de 500 kilómetros y 7 horas de carreteras de la Panamericana llenas de huecos enormes, él nos refrescó con una caipirinha hecha por él mismo. La acogida brasiliana se enriqueció con una parillada, que el argentino Francisco controlaba con ojo crítico. El día después concelebró en la iglesia de la ciudad, con la presencia del obispo Ramazzini, que fue amenazado varias veces de muerte por su concreta defensa de los migrantes y de las poblaciones indígenas. Dio la confirmación a muchas personas, la primera comunión a otras, y en fin celebró una boda. Debajo de un techo de plancha, que había sido reparado después de un reciente huracán, entre centenas de velas y con la verdadera devoción que se encuentra solamente en aquellas zonas, con la temperatura a los 45 grados, asistí a los mismos ritos que, si los comparamos con la nuestra realidad de afiliación eurocínica, parecían más vivos, más participados, sin hipocrisia y falsa fe.

Ademar, que junto con Francisco y el cura de la iglesia coadyuvaban al obispo, cuando llegó, ya en las escaleras, fue rodeado por niños, mujeres, viejos, y todos buscaban una caricia y una palabra de consuelo. Él, que parecía aún más gigantesco de cuanto ya es, con los vestidos litúrgicos, con aquella barba de gigante bueno, tenía una palabra para todos. Dejaba entender de conocer las verdaderas cosas que crean problemas en cada familia. Se interesaba de las condiciones de una o de cómo le iba a una otra. Cuando la celebración acabó, fui acogido en la cena con el obispo, los Scalabriniani, y, cosa aún más emocionante, con un campesino que en su pueblo era un jefe reconocido y que en aquella ocasión era la escolta del obispo que había rechazado aquella oficial del ejército.

Hablé de muchas cosas, (todos conocen el italiano, en la mayoría son hijos de los migrantes italianos), de la función de guía de la iglesia latinoamericana por los derechos de los indígenas; hablé de cómo la iglesia podría sostener el derecho al conocimiento; hablé de cómo se podría dar un futuro a los campesinos; de cuál sea el sentido de una iglesia pobre por los pobres. El franco y amistable enfrentamiento con el obispo es una de las cosas más lindas que me sean tocadas en mi vida y siempre las traigo dentro de mí; demuestra que cuando te enfrentas con sinceridad con una persona diversa de ti, todos salen enriquecidos. Y se entiende el valor de estar en el mismo lado de quien quiere ayudar a aquellos que no pueden hacerlo. El día siguiente pasé algunos momentos en las orillas del Suchiate para ver cómo se trasladan las familias de los migrantes a la otra orilla. Me escondí, y de repente llegó un cargo de contrabando, y me preocupé aún más cuando llegó una patrulla de la migra, que entre todos, escrutaba a mí solamente. En aquella situación típica de las zonas de frontera, donde existe solamente la ley del más fuerte, encontré a Mauricio, que estaba sentado sobre el monumento a los migrantes, medio caído, que Ademar hizo construir en la orilla. Él es el prototipo del pirata. Tenía un solo ojo, pantalones cortos rasgados, una sola camiseta, negro como un tizón ardiente, vive al minuto y no al día. Ayuda a los contrabandistas en el descargo de los camiones. Al final del trabajo les dan algunas monedas y después empieza nuevamente a buscar de qué vivir.

La Casa del Migrante está justo después del primer seto y acoge sin pedir nada en cambio a todos los que tienen necesidad de ayuda material y espiritual. Los desprotegidos saben que allí hay uno scalabriniano listo

para defenderlos a toda costa y confían de él. Las autoridades fingen de no saber y todo va como siempre en estos lugares.

¡Buen trabajo Ademar!